

El reloj del abuelo

Cuando el abuelo se fue, mi madre me entregó un paquete de papel craft, rayado, de color azul marino, como el que usábamos para forrar los libros del colegio, al tiempo que me decía:

—Esto lo ha dejado el abuelo para ti.

Yo supe, aunque en aquel momento no habría podido explicar por qué lo sabía, que, en ese instante, le hubiera gustado decirme algo más, pero no fue capaz. Sus ojos nombraban, en su silencio, nombraron mucho más de lo que sus palabras hubieran podido transmitirme.

Fui a mi cuarto, me senté en la alfombra y, sobre la cama, desenvolví el paquete cuadrado. Dentro había una edición de *Moby Dick*, ilustrada por un tal Rockwell Kent —«tienen que pasar muchos años para que yo pueda leer este libro», pensé—, y una caja de cartón gris, llena de postales en blanco y negro, y, en el fondo, una libreta de tapas negras, brillantes, con el canto de las hojas de color violeta. Dejé a un lado la libreta y fui extendiendo las postales sobre la colcha: un dirigible suspendido sobre una gran ciudad, una vista de la Torre Eiffel, la Estatua de la Libertad, un puente de piedra al que sostenían unas grandes cadenas... Todas, menos una, eran panorámicas de ciudades con algún monumento, muchos de los cuales yo, entonces, no

conocía. Todas, menos una, que reproducía un reloj de pared, de madera, con una esfera grande en la parte superior, de números romanos, y un largo péndulo dentro de la caja, que terminaba en dos cilindros oscuros que aparentaban ser muy pesados.

A primera vista parecía un reloj normal, del mismo modo que la foto parecía una postal más, pero enseguida me di cuenta de que el papel del que estaba hecha no tenía la misma consistencia que el resto de las postales y, además, daba la impresión de que hubiera sido una foto en color que el paso del tiempo había convertido en una imagen desteñida, pero que aún conservaba restos de lo que fue. Le di la vuelta y, enseguida, reconocí la letra del abuelo. Una letra pulcra inclinada, con los rasgos bien definidos y los reglones tan rectos como si hubieran sido escritos en un papel pautado. Entonces abrí la libreta; en la primera página, en la parte inferior, aparecía escrito el nombre de mi abuelo: Pablo Salazar, igual que yo, aunque mi apellido es distinto, pues mi abuelo era el padre de mi madre. En la siguiente página, estaba escrito lo que parecía una carta; comencé a leer:

Pablo, si estás leyendo esta libreta es porque yo ya me habré ido. No sé cuántos años tendrás, y por ello desconozco, ahora, si podrás entender todas estas palabras. Pero, en todo caso, no importa, solo será cuestión de tiempo, pues el paso de los años te permitirá comprender los breves relatos escritos en estas páginas, relatos que nacieron de pequeñas anécdotas, relacionadas todas ellas con las postales que hay en la caja, coleccionadas a lo largo de mis años, con motivo de algún viaje, bien personal o de trabajo. Algunas de estas historias te sonarán, de manera parcial, incluso alguna completa, te las he ido contando a

los largo de tus primeros años de vida, aquellos, ¿los recuerdas?, antes de trasladarnos a la ciudad, cuando aún vivíamos en la casa del pueblo, la que tenía aquella biblioteca con el mirador que daba sobre la chopera, y en la que tantas tardes nos sentábamos a ver atlas de geografía o a leerte alguno de los cuentos, sobre todo de miedo, que tanto te gustaban. Todas estas postales encierran una historia, nada trascendente, pequeños sucesos de mi vida que, al igual que los mojones de las carreteras, señalan los hitos de los que, sin pretensión, decidí levantar acta, conservarlos no solo en mi recuerdo, sino, unos casi al tiempo, otros semanas después, también por escrito, como si temiera olvidarlos o transformarlos en cada uno de los ejercicios de memoria, al volver a evocarlos. Pues así sucede con los recuerdos, Pablo, se modifican sin que uno lo pretenda. De igual modo que cuando se vuelve a un escenario en el que uno estuvo de niño, después de muchos años, y el recuerdo que tiene de ese lugar es que era un espacio muy grande, y lo que descubre con sorpresa es que el tiempo lo ha empequeñecido, que no era para tanto. Igual que sucede con los cuentos y los libros: los personajes de las historias que leemos y nos emocionan se quedan en nuestra memoria, habitan en ella junto con las imágenes de personas que conocimos en la vida real, personas que no son de la familia ni amigos, personas que conocimos de paso, compañeros de la escuela, del trabajo, vecinos, aquel panadero al que durante un tiempo le comprábamos el pan...; pasan los años y sus rostros se desdibujan, algunos incluso llegan a borrarse por completo, y solo recordamos de ellas un gesto, las manos, el timbre de su voz. Pues con los personajes de los cuentos sucede algo parecido, y a veces lo contrario, nosotros ponemos rostro a algunos de los que nunca vimos una imagen suya, pues viven en cuentos que nos contaron cuando aún no sabíamos leer y luego, de mayores, no hemos vuelto a pensar en ellos: el cazador de Caperucita, al que tú esperabas con ansiedad cuando eras muy pequeño, pues no podías soportar que la abuela y su nieta permanecieran por más tiempo en la tripa del lobo, ¿te acuerdas? O, más tarde, a la Cerillera, que decías que era igual que la hija de la señora donde

cambiábamos los tebeos, y siempre querías que le llevásemos comida, pues estabas convencido de que pasaba tanta hambre como el personaje de Andersen.

Todas, menos una. Si ya las has visto, te habrás dado cuenta de que una postal es diferente, de hecho no es una postal, es una foto. Es la foto de un reloj de pared, pero no es un reloj cualquiera.

En ese momento, como si una puerta se abriese y la luz que entrara por ella iluminase una estancia que estuviera a oscuras, un imagen se hizo visible en mi recuerdo: el reloj que había en la biblioteca de la casa del pueblo, colgado detrás de la puerta, en la única pared que no estaba ocupada por los anaqueles en los que reposaban los libros. Sí, ahora recordaba las veces que mi abuelo miraba aquel reloj, siempre con una expresión que yo no acababa nunca de comprender, y que sus palabras nunca me explicaron. Sí, en cambio, recuerdo que siempre, tras contemplarlo y sentarse en la butaca, tras coger el cuento o el atlas que yo le tendía, me decía: «Algún día podrás ver el auténtico, el original, es mucho más hermoso que éste, y no es un reloj cualquiera, es el reloj que marca la hora de verdad, los demás se limitan a seguirle, a reproducir la que él señala».

Busqué entre las postales la fotografía del reloj. Efectivamente, la primera sensación que tuve al verla y que después confirmaron las palabras de mi abuelo escritas en la libreta, se convirtió en certeza: aquella era una foto del reloj al que él se refería cuando contemplaba su replica en la biblioteca de la casa del pueblo.

Di la vuelta a la foto y con su misma pulcra letra aparecía anotado lo siguiente:

Reloj patrón de la señal horaria, fabricado en Nueva York en 1926. Cuenta con seis circuitos de impulsos y a través de su regulador electromecánico, de péndulo de mercurio, controla cada medio minuto todos los relojes instalados en el edificio de Teléfonica, de la Gran Vía, incluido el situado en la torre. Fue utilizado en las instalaciones de la compañía hasta finales de los años setenta.

Volví a la libreta en busca de la anotación sobre la foto del reloj y, sí, efectivamente al final, separada del resto de los textos, aparecía de nuevo la descripción del mismo y algo más:

Tras encargarme el mantenimiento del reloj patrón, he buscado un relojero que haga una replica lo más exacta posible para colgarla en la biblioteca, al final lo he encontrado. Tras varios meses de inquieta espera, el reloj ha llegado a casa; el sonido de las horas y los cuartos es levemente menor que el del original, pero no me importa.

El texto terminaba a mitad de la página, pasé la hoja:

Sin duda, Pablo, esta es para mí la foto más importante. No sé dónde estará el reloj, cuando estés leyendo estas palabras pero, permanezca contigo o no, recuerda que no es el auténtico, es el hermano menor del verdadero, al que dediqué muchos años de mi vida laboral, y al que llegué a estimar como si fuera

el personaje de una novela, en este caso, el personaje principal de uno de los capítulos de la novela de mi vida.

Pasaron años hasta que tuve la edad suficiente para poder viajar solo a la capital y, por supuesto, lo primero que hice fue acudir al edificio en el que tantos años había trabajado mi abuelo y en el que, por lo que me había informado, existía un museo de la telecomunicación. Tras subir una impresionante escalera accedí a una estancia, un tanto en penumbra, llena de piezas muy diferentes, todas ellas relativas a las distintas formas de comunicación: desde una vieja bicicleta a un moderno teléfono móvil. Antes de llegar al fondo de la sala lo vi: allí estaba el reloj del abuelo. Me detuve. Después, lentamente me fui acercando. Su imagen real se superponía a la que mi memoria guardaba de la foto que le había hecho mi abuelo, y que yo conservaba y, ahora, utilizaba como marcapáginas del libro que estaba leyendo en aquel momento: *Moby Dick*.

Antonio Ventura

Octubre-noviembre 2013